

XI Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, 2015.

Hay una nueva generación obrera en la Argentina?.

Paula Varela.

Cita:

Paula Varela (2015). *Hay una nueva generación obrera en la Argentina?.* XI Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-061/315>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

¿Hay una nueva generación obrera en Argentina?

Paula Varela

UBA/CONICET

paula.varela.ips@gmail.com

Resumen

La gran mayoría de la militancia gremial de base que surgió de 2004 en adelante, tiene dos características que se repiten en distintos casos estudiados: una fuerte composición juvenil y, como característica mayoritaria de estos jóvenes, la ausencia de experiencia política previa¹.

En esta ponencia vamos a preguntarnos acerca de la existencia de una “nueva generación obrera”. Para hacerlo tomaremos los resultados de la investigación que realizamos entre 2003 y 2007 aplicando una encuesta a trabajadores de 4 establecimientos laborales de CABA y Buenos Aires.

A partir de estos resultados analizaremos la nueva militancia gremial de base bajo la hipótesis de la existencia de una ruptura generacional producida en tres tiempos: el de *la corrosión del carácter* del trabajador peronista que significaron los 90; el de *la crisis de todo lo sólido* que significó el 2001 con su combinación de deslegitimación de las instituciones del Estado burgués y la legitimación de la acción directa como “política desde abajo”; y el de *las expectativas de ciudadanía fabril* que despertó el kirchnerismo y *la frustración de otorgamiento de esa ciudadanía*.

Palabras clave: generación obrera, sindicalismo de base, kirchnerismo, izquierda

Entre 2003 y 2006 llevamos adelante el Programa de Investigación “Los trabajadores en la Argentina actual – Encuesta Obrera”² consistente en la aplicación de una encuesta de 113

¹ Como señalan Atzeni y Ghigliani, 2013: “Una de las principales características de los activistas es que la mayoría de ellos eran jóvenes (es decir, 25-35 años de edad). Esto es más evidente en los call-centers, supermercados y SiMeCa, donde la mayoría de los trabajadores son veinteañeros. Pero también ha sido predominante en FATE, Kraft, Mafissa, Praxxair y Subterráneo” (traducción Débora Vasallo). Esta misma característica aparece en los trabajos de Cambiasso (2013); Elbert (2013); Longo (2014); Abal Medina (2014), Ventrici (2013).

² El equipo estaba conformado por investigadores y estudiantes de la Universidad de Buenos Aires y la Universidad Nacional de La Plata y por el Instituto de Pensamiento Socialista “Karl Marx”. En total se abarcaron 9 estructuras laborales que comprendía a 12000 trabajadores aproximadamente, de los cuales fueron encuestados 1000.

preguntas (divididas en 8 bloques temáticos) a trabajadores de distintos establecimientos públicos y privados. Una dimensión que nos interesaba especialmente era la forma en que los propios trabajadores encuestados se definían políticamente. Allí recibimos nuestra primera sorpresa: mientras esperábamos una mayoritaria identificación con el peronismo, lo que encontramos sin embargo fue que, ante la pregunta ¿cómo se definiría usted políticamente?³, la mayoría respondía “apolítico”.

Tomaremos algunos ejes de la Encuesta Obrera a los efectos de profundizar en el significado de este “apoliticismo”. No pretendemos, de ningún modo, que los resultados de la Encuesta Obrera sean generalizables al conjunto de trabajadores argentinos en la actualidad. Pero sí creemos que son muy útiles a la hora de analizar y comprender las características de la nueva militancia gremial de base que hemos analizado en otras partes (Varela 2012) y de precisar el tipo de politicidad que emerge entre los jóvenes obreros que conforman el sindicalismo de base.

“Apolíticos”

Utilizaremos la base de datos construida con los resultados de las 642 encuestas realizadas en cuatro de los establecimientos relevados⁴, a saber: Metrovías (Capital Federal), 176 encuestas; IOMA sede central (La Plata), 128 encuestas; Astilleros Río Santiago (Ensenada), 176 encuestas; Siderca (Campana), 162 encuestas.

Si nos concentramos en la forma en que los trabajadores encuestados se autodefinieron políticamente⁵ hay un elemento que llama rápidamente la atención: la diferencia entre cómo se definen políticamente los obreros y empleados de 40 años o más, y cómo lo hacen los de menos de 40 años. Veamos los cuadros y gráficos.

Cuadro I – Auto definición política según tengan 40 años o más, y menos de

40

³ En esta pregunta, las opciones eran leídas sólo en caso en que el encuestado lo requiriera. Las opciones eran: apolítico, peronista, radical, de centro-derecha, de derecha, de izquierda, de centro-izquierda, otro –especificar-.

⁴ En cada una de estas estructuras de trabajo, construimos una muestra probabilística, proporcional al número de trabajadores totales de dicha estructura y respetando, a vez, las proporciones entre sectores internos o estratos que son relevantes para nuestro estudio. La encuesta fue triangulada con entrevistas a informantes claves de cada una de las estructuras de trabajo en las que realizamos la investigación.

⁵ Las dimensiones para el análisis de la “politicidad” eran diversas, para un análisis de ellas véase Varela, 2015.

	Trabajadores en general (empleados y obreros)		
	Menos de 40 años	40 años o más	Diferencia*
Apolíticos	64.7%	46.6%	+18.1
Peronistas	12.3%	36.2%	-23.9
Radicales	4.5%	6.5%	-2.0
De Izquierda	18.5%	10.5%	+8.0
Total	100%	100%	

*Diferencia en puntos porcentuales tomando como referencia "40 años o más".

Cuadro II – Auto definición política de obreros según tengan 40 años o más, y menos de 40

	Obreros	
	Menos de 40	40 o más
Apolíticos	71.80%	50.30%
Peronistas	15.50%	32.70%
Radicales	5.50%	9.90%
De izquierda	7.30%	7.00%
Total	100%	100%

Cuadro III – Autodefinition política de empleados según tengan más o menos de 40 años

	Empleados	
	Menos de 40	40 o más
Apolíticos	57.60%	42.90%
Peronistas	9.10%	39.70%
Radicales	3.60%	3.20%
De izquierda	29.70%	14.30%
Total	100%	100%

Si tomamos el conjunto de los trabajadores encuestados (cuadro I), hay dos cuestiones que nos resultan interesantes de analizar al dividir a los trabajadores entre los que tienen menos de 40 años y los que tienen 40 años o más. En primer lugar, el aumento significativo de los trabajadores que se consideran apolíticos en la franja de los de menos de 40 (18 puntos porcentuales de aumento en relación a los trabajadores de más de 40 años). En segundo lugar, la disminución significativa de los que se consideran peronistas en esta misma franja (24 puntos porcentuales de disminución en relación a los trabajadores de más de 40 años). Es decir que mientras los apolíticos aumentan en cerca de 20 puntos, los peronistas disminuyen en una proporción aún mayor. En números esto es que el 64.7% de los trabajadores menores de 40 años se considera apolítico, mientras que en la franja de los 40 años o más, son el 46.6% los que se definen como apolíticos. En relación con la identificación como radicales, también es llamativo que casi no se encuentre variación entre los trabajadores que tienen menos de 40 y los que tienen más (sólo disminuye en 2 puntos porcentuales). En ambas franjas etarias, los que se consideran radicales son una ínfima minoría. Por último, también hay una variación de cierta importancia entre los que se consideran de izquierda, notándose un aumento de 8 puntos porcentuales entre los menores de 40 años. Es probable que este aumento contenga una parte de los que no se consideran ni peronistas, ni apolíticos en esta franja de “trabajadores jóvenes”.

Si analizamos estas tendencias diferenciando entre obreros y empleados encontramos también varias cuestiones interesantes. Por una parte, que el porcentaje de apolíticos es mayor entre los “obrerros jóvenes”⁶ donde alcanza un abrumador 71.8%, que entre los “empleados jóvenes” donde alcanza un 57.6%. Es decir que más de 7 de cada 10 “obrerros jóvenes” se considera apolítico, mientras que casi 6 de cada 10 “empleados jóvenes” se define como apolítico. A su vez, si lo miramos desde el punto de vista de la variación entre “jóvenes” y “viejos” encontramos que el aumento de “apolíticos” es mayor entre los obreros que entre los empleados, dado que entre los obreros los apolíticos pasan del 50.3% que tienen entre los obreros de más de 40 años al 71.8%, lo que marca una variación de más 20 puntos porcentuales; mientras que entre los empleados los apolíticos pasan de ser el 42.9% entre los mayores de 40, a 57.6% entre los “jóvenes empleados”, lo que marca una variación de casi 15 puntos.

⁶ Al solo efecto de simplificar la exposición, llamaremos “obrerros jóvenes” a los obreros de menos de 40 años y “empleados jóvenes” a los empleados de menos de 40 años.

Otro elemento interesante es lo que hace a la autoidentificación como peronistas. Si comparamos “obreros jóvenes” y “empleados jóvenes” encontramos que la mayor proporción de peronistas está entre los obreros, con un 15.5% contra un 9.10% entre los empleados. Sin embargo, si miramos entre los mayores de 40 años encontramos que hay más peronistas entre los empleados (39.7%) que entre los obreros (32.7%), pero que en ambos casos duplican y hasta triplican las cifras de los menores de 40 años.

Por último, el aumento de 8 puntos porcentuales en la autodefinition como “de izquierda” entre los “trabajadores jóvenes” se explica por un aumento importante entre los “empleados jóvenes” (que alcanzan el 29.7%). Creemos que este aumento de la autoidentificación de izquierda entre los “empleados jóvenes” encuestados tiene estrecha relación con que en muchos casos, estos empleados tienen una doble condición de estudiantes universitarios y/o terciarios que posibilita un canal hacia la política (a nivel estudiantil) en el que la izquierda (tanto partidaria como denominada independiente), tiene importante peso en La Plata y en Buenos Aires⁷. Esa apertura a la vida política estudiantil se combina, y probablemente se potencie, con el carácter antiburocrático y combativo de la comisión interna del IOMA y del Cuerpo de Delegados de subte. Por el contrario, si miramos entre los “obreros jóvenes”, encontramos que los que se consideran de izquierda (7.3%) es un porcentaje mucho menor (20 puntos porcentuales) que entre los “empleados jóvenes” y que, además, es casi la misma cantidad que entre los obreros de más de 40 años (7%), es decir, que no hay variación entre “obreros jóvenes” y “obreros viejos” en lo que hace a su identificación como de izquierda.

Para terminar este análisis, respecto de la autoidentificación como radicales hay que decir que casi no varía entre “empleados jóvenes” y empleados de más de 40 años, siendo en ambos casos extremadamente baja (3.6% y 3.2% respectivamente), y que sí presenta variación entre los obreros, disminuyendo la proporción de los considerados radicales entre los “jóvenes obreros” (de un 9.9% entre los de más de 40 años, a 5.5%)⁸.

⁷ La Federación Universitaria de La Plata –FULP– y la Federación Universitaria de Buenos Aires –FUBA– estaban dirigidas por frentes de izquierda.

⁸ Es importante señalar, aunque no desarrollemos ese aspecto en este trabajo, que la autodefinition político o identificación política de los trabajadores, no se traduce, de modo directo, en el voto. Según nuestra encuesta el 46.10% de estos trabajadores votaron la fórmula presidencial Kirchner-Scioli en las elecciones de 2003, repartiéndose en 58.9% entre los obreros y 31.2% entre los empleados. La diferencia entre identificación política y voto es importante a la hora de establecer los rasgos de esta generación.

Para intentar construir un panorama lo más completo posible sobre estas identificaciones políticas, indagamos también en la tradición política familiar de los trabajadores encuestados⁹. Como esperábamos, la mayor proporción de trabajadores (tomando de conjunto empleados y obreros) respondió que proviene de familia peronista (55%) constituyendo la adhesión a esta tradición política una mayoría absoluta dentro de los consultados. Del restante 45%, sólo un 20,7% proviene de familias apolíticas y un 19,4% de familias radicales. El caso del ARS se destaca porque la proporción de familias peronistas se acerca al 60% de los trabajadores. Por otra parte, en el caso de los trabajadores del IOMA hay un 32,3% que proviene de familias radicales. En general y en cada sector son muy escasos los trabajadores que provienen de familias de izquierda.

Si consideramos que la tendencia política de la familia nos da una pauta sobre las identificaciones políticas de la generación anterior, resulta interesante señalar que mientras el 55% de los padres de estos trabajadores se consideraban peronistas, un porcentaje casi idéntico (56.6%) se considera hoy *apolítico*. *El apoliticismo ha pasado a reemplazar al peronismo como autoidentificación mayoritaria entre los trabajadores, en el transcurso de una generación a otra.*

El 2001 como acontecimiento vital

En Argentina no es posible preguntarse por la existencia de una nueva generación obrera sin partir del hecho empírico de la recomposición social de los trabajadores basada en los más de 4 millones de nuevos puestos de trabajo de 2003 en adelante. Ese es el piso objetivo que hace que, en numerosos estudios e investigaciones sobre el mundo del trabajo post 2003, la presencia de la juventud se vuelva un rasgo distintivo. Es así tanto en la industria (nuestro sector de investigación) pero también en el caso de los servicios, e incluso en el trabajo estatal. Efectivamente, las fábricas y los establecimientos laborales se poblaron de jóvenes que por primera vez ingresaban al mercado laboral y que se sumergieron en la dinámica de explotación y conflictividad propias del mundo del trabajo. No es sobre esa inyección de jóvenes que nos preguntamos (dado que ya está demostrada estadísticamente y también en los estudios de casos), sino sobre si esa nueva juventud que ingresó al mercado de trabajo, presenta rasgos

⁹ La pregunta que se realizó fue “¿De qué tendencia política viene su familia?”.

generacionales distintivos. Si constituye o no una nueva generación obrera que pueda ser diferenciable de la anterior y que exprese marcas de época.

La pregunta por las generaciones irrumpió en la sociología en momentos significativos de la historia del siglo XX: la entreguerras. Desarrollándose contra una idea biologicista de generación (acotada a la existencia de generaciones biográficas), el eje de la reflexión ha estado puesto en el análisis de los momentos en que grandes acontecimientos históricos producen rupturas con los sistemas de sentido previos y exponen, entonces, a una determinada juventud a la construcción de nuevos marcos de interpretación y nuevos itinerarios de acción. Lo que comparte una generación no es solo la misma cantidad de tiempo¹⁰, sino sobre todo, lo que Dilthey llamaría la misma “calidad de tiempo” que le otorga vivenciar la secuencia entre la ruptura con lo previo y un gran acontecimiento fundante, y que modifica el horizonte de la práctica. La generación es, según Manheim, una *posición sociohistórica determinada* que acota ciertos rangos de experiencias posibles, pero que (y esto le interesa especialmente a él, igual que a nosotros aquí) además tiene un *sentido positivo*, “una tendencia hacia determinados modos de conducta, sentimiento y pensamiento, que es inherente a cada una de esas *posiciones*, y que los sociólogos pueden captar comprensivamente a partir del poderoso peso de la posición” (Manheim, 17). Llevada hasta el final, la idea de generaciones de Manheim puede entrar en fricción con la noción de clase, justamente por la discusión de la determinación de los marcos de interpretación y orientaciones de la acción. Sin embargo, no constituyen conceptos excluyentes. Por el contrario, la diferenciación conceptual que Manheim realiza entre posición generacional, conexión generacional y unidad generacional (cada uno de los cuales conforman mayores grados de determinación respecto de la acción), permite introducir los rasgos de época en el análisis, sin traducirlos en una determinación mecánica de la acción que anule lo que el propio Manheim llama “estratificación de la experiencia”. En un fenómeno como el sindicalismo de base en el cual una de sus características distintivas es la juventud de sus activistas y militantes, no mirar el componente generacional hace que el fenómeno se vuelva esquivo, y que ciertos rasgos (como la

¹⁰ “El fenómeno sociológico de la conexión generacional se *fundamenta* en el hecho del ritmo biológico del nacimiento y de la muerte. *Estar fundamentado en algo no llega a significar ser deducible de, estar contenido en, ese algo*. Un fenómeno que se fundamenta en otro no puede darse ciertamente sin él, pero contiene en sí, en contraposición con el fenómeno que lo fundamenta, un sobreañadido cualitativamente propio y no deducible de aquél (527-528) (...) Por lo tanto, el problema *sociológico* de las generaciones comienza donde se distingue la relevancia sociológica de esos datos previos. Ahí está la primera tarea —para ir más allá de los fenómenos elementales—: comprender la conexión generacional como un tipo específico de posición social.” (p. 209, Manheim)

no adscripción al peronismo, la legitimación de la acción directa, el asambleísmo-antiburocratismo e incluso la influencia de la izquierda) se vuelvan obtusos para la explicación. Es decir, la noción de generación permite preguntarse por la incidencia (o no) de ciertas constantes relacionadas con acontecimientos vitales de una época, a partir de las cuales puedan (o no) desarrollarse prácticas comunes.

Uno de los aportes más interesantes de Manheim es la idea de que una posición generacional cambia (abriendo la posibilidad a la producción de una nueva generación), cuando no es posible mantener más las condiciones de su reproducción¹¹. Es decir, en un intento por alejarse de cualquier idealismo (que puede llevar a una noción de generación más bien culturalista), la aparición de una nueva generación es posible por el agotamiento de las condiciones de reproducción (que son necesariamente materiales) de una cierta posición socio-histórica.

Estos jóvenes que se vuelven militantes de sus derechos, que se vieron “empujados” a esa militancia sobre el fondo de un extrañamiento (práctico e ideológico) respecto de la política que hemos denominado (a falta de mejor nombre) “apoliticismo” ¿Constituyen una nueva generación? ¿Están marcados por una ruptura con la generación previa? ¿Cuáles son los acontecimientos de esa marca? ¿Cuáles son las condiciones de reproducción que se agotaron y les impide la continuidad con “los viejos”? Para responder estas preguntas hay que pensar en una ruptura en tres tiempos: el de *la corrosión del carácter* del trabajador peronista que significaron los 90; el de *la crisis de todo lo sólido* que significó el 2001 con su combinación de deslegitimación de las instituciones del Estado burgués y la legitimación de la acción directa como “política desde abajo”; y el de las *expectativas de ciudadanía fabril* que despertó el kirchnerismo y *la frustración de otorgamiento de esa ciudadanía por arriba* (vía “ilusión del buen patrón” o vía “derechos sindicales”).

Los jóvenes que hoy protagonizan el sindicalismo de base nacieron de la década del 70 en adelante. En realidad, pueden identificarse tres “camadas”: aquella que al 2007 tenían 35 años (como los protagonistas de la lucha de FATE en 2007/2008); los que tenían 25 años; y los que ingresaron a trabajar con 18 años alrededor de 2007 y 2010 y hoy (2014) tienen aproximadamente 25 (como muchos de los obreros que hemos entrevistado en Kraft o en Donnelley o en Liliana, y que son los más jóvenes de la militancia gremial).

¹¹ En Bourdieu aparece también esta idea a través de la imposibilidad de reproducción del *habitus*.

Para la primera camada, la década del 90 es la de su juventud e ingreso al mercado laboral. Como nos decía un obrero de FATE “Nosotros entramos a cubrir, en un primer momento, los puestos de fin de semana, porque se trabajaba de lunes a viernes y los que trabajan el fin de semana, trabajaban al 200%. Entramos para cambiar el sistema, digamos. (...) Con tanta gente nueva le impusieron el sistema obligado a los viejos”. Ellos ingresan *ya* en la era de la desolación. Ingresan *ya* como obreros rotatorios, precarizados. Es eso lo que constituye una primera ruptura con “los viejos”. Esa ruptura fue abordada abundantemente en la sociología no sólo en sus dimensiones objetivas a través de los estudios de precarización laboral, sino en su impacto subjetivo de descolectivización, de “identidades astilladas”, de lo que los franceses Pialoux y Beáud (2015) describieron como impacto explosivo en la “condición obrera”. En Argentina, que esa condición obrera ha sido mayoritariamente “condición peronista” esta ruptura no puede sino impactar en el pasaje, que vimos en la encuestas, entre la identificación mayoritaria de “peronistas” a “apolíticos”. A diferencia de lo que sucedió desde el '45 en adelante en Argentina en que la identificación política e ideológica mayoritaria de la clase obrera fue el peronismo, esta nueva generación no expresa esta adhesión ni sentimentalmente, ni político-ideológicamente. Lo que se observa, más bien, es un cierto vacío de identificaciones político-partidarias claras. “Apolíticos” es la expresión, en el campo de las identificaciones políticas, de la explosión de la condición obrera en el campo de las condiciones de trabajo y los lazos de clase.

Pero hay algo más que completa la ruptura con “los viejos”: la generación que ingresa al mercado de trabajo post 90 hereda la derrota pero no la experimenta en carne propia. *Son herederos de la derrota, pero no derrotados*. Esa diferencia es sustancial. No cargan, en su experiencia inmediata, con las derrotas de la década del 90, particularmente lo que significó la hiperinflación del '89 y las contrarreformas neoliberales que se abrieron paso a partir de allí, cuya consecuencia más sentida fue la dupla de desocupación masiva para los que quedaron sin trabajo y precarización laboral para los que lo conservaron perdieron buena parte de los derechos conquistados durante 60 años de luchas. Ellos viven esa desocupación y precarización, pero no como “paraíso perdido” sino “como lo único que hay”. Una condición obrera con la “dignidad” que otorga el reconocimiento del ser trabajador (vs. ser un “número”) es para ellos, o bien un relato nostálgico de sus padres, o bien directamente inexistente (como sucedía en la planta de FATE en la que el “mundo pre-derrota de 1991” no era siquiera mencionado en las entrevistas

hasta que el conflicto de 2007 abrió las compuertas de la posibilidad de construcción de otra memoria). El “apoliticismo” es ausencia de identificaciones políticas claras en la medida en que es rebote de la destrucción de la condición obrera peronista. Pero *es también ausencia de derrotas* y esa es una huella central que hace a los márgenes de lo posible para estos jóvenes obreros. *No son derrotados* de la “ilusión del buen patrón”, aunque la hayan adoptado casi como farsa; *no son derrotados* de la expectativa de ciudadanización, aunque sí desilusionados de su otorgamiento por arriba.

Esa ausencia de derrota propia es la que permite que, ante el mejoramiento de condiciones objetivas (crecimiento económico y del empleo), se vuelvan “jóvenes que militan por sus derechos” con una combinación de empuje e inexperiencia llamativos. Esto puede verse en FATE, en Kraft, en Pepsico, en Donnelley (incluso en el Subte de Buenos Aires), donde los dirigentes (o principales referentes) del nuevo activismo de base son los “más viejos de lo nuevo”. Podríamos decir que este primer momento de la ruptura con lo previo y posibilidad de una nueva generación está marcado por dos ausencias: *la ausencia de la vieja “condición obrera”* por la imposibilidad de mantener las condiciones materiales de su reproducción; y *la ausencia de la derrota* por haber ingresado en un mundo obrero cuyas condiciones ya estaban signadas por una derrota propinada a la generación anterior. Esta ausencia de derrota resulta de la mayor importancia porque es sobre ese suelo que comienzan a tejerse lazos a partir de los cuales ir por la conquista de la dignidad obrera. Dejar de “ser un número”, “que te usen y te tiren”, “que te rompan y te echen por roto” pasa a ser un objetivo que no reconoce antecedentes en la experiencia propia de estos obreros (y tampoco se inscribe en una tradición de lucha de su clase o incluso de su fábrica), sino que se presenta como explosión ante condiciones que, habiendo sido las “de siempre”, ya no se condicen las expectativas generadas por el crecimiento económico (y su propaganda gubernamental). De allí que en muchos casos estudiados tomen forma de “rebelión” que sorprende incluso a los dirigentes locales y a los propios obreros que la. El hartazgo que se repite en los casos de sindicalismo de base como sensación primera que expresan los entrevistados, como situación que no puede tolerarse más, tiene como piso objetivo los 4 millones de puestos de trabajo y como piso subjetivo la ausencia de luchas previas, que hace que la experiencia de lucha se presente como “excepción” y no como “tradición”, no como “rutina”. Ese extrañamiento con la militancia en general (y la sindical en particular) es también extrañamiento de la derrota.

Sobre ese suelo se inscribe el que consideramos *es el “acontecimiento vital” de esta generación: la crisis de 2001*. El 2001 opera como “bautismo político” de esta generación en su doble dimensión: como crisis del conjunto de las instituciones del Estado burgués, pero también como legitimación de la acción directa en tanto herramienta de lucha de los de abajo, y del asambleísmo como “la institución de los que no tienen institución”. Sobre un primer momento de ruptura generacional constituido por la ausencia de lo previo, el 2001 se instituye en el momento positivo (¿constituyente?) de esta generación, momento que indica la crisis de la derrota (no por eso su superación) y la aparición de la política “desde abajo” como emergente de esa crisis. *Estos jóvenes son herederos de los 90 pero hijos del 2001*. Permítasenos aquí, varias aclaraciones. Señalar al 2001 como acontecimiento vital de la nueva generación, no significa en absoluto suponer que hay algo así como una apropiación subjetiva homogénea de ese acontecimiento. Por el contrario, en nuestras entrevistas encontramos dos tipos de apropiaciones completamente diferenciables¹² aunque con un núcleo duro común (que es, justamente, lo que lo instituye en acontecimiento vital). Por un lado, las vivencias del 2001 están relacionadas con la movilización, la represión, los asesinatos en Plaza de Mayo, el helicóptero de De la Rúa, las movilizaciones a diario en el enero caliente de 2002. Esa memoria de 2001 se encuentra mayoritariamente, por ejemplo, en las encuestas realizadas a los trabajadores del subterráneo. Como dijimos más arriba, esto está relacionado con dos aspectos: el nivel educacional de esos trabajadores (muchos de ellos universitarios o con vínculos con la universidad) y la localización geográfica del subterráneo, cuyas terminales están (mayoritariamente) cercanas a Plaza de Mayo, epicentro de las manifestaciones masivas y la represión estatal. Por otro lado, están las vivencias que asocian el 2001 a los saqueos. Esas son las que predominan en los jóvenes trabajadores de la industria de la Zona Norte, la gran mayoría de ellos habitantes de los barrios populares del conurbano. Recuerdos que van desde haber acompañado a su madre o padre a saquear (siendo adolescentes o jóvenes, o incluso niños), hasta relatos (no sin visos de humor) sobre escenas barriales con vecinos llevando y trayendo electrodomésticos o bolsas de comida o árboles navideños. Estas dos visiones que en principio parecen tan opuestas (y que sin dudas implican la pertenencia a

¹² Estas diferentes interpretaciones también las encuentra Paula Abal Medina en su trabajo sobre *Call Centers y Supermercados*. La autora también destaca allí dos elementos que nosotros encontramos en nuestro trabajo de campo y que resultan importantes a la hora de pensar la existencia de una nueva generación obrera: el mantenimiento de las condiciones de explotación neoliberales en el mundo del trabajo y su choque con las expectativas que despertó y alentó el kirchnerismo (expectativas a las que se refiere como “matriz nacional y popular” tomando apodósicamente los términos “nativos”). Véase, Paula Abal Medina, 2013.

distintos sectores de clase) tienen, sin embargo, un núcleo duro común: el 2001 es la puesta en suspenso temporaria de todas las instituciones (ya sea la propiedad privada de los supermercados desafiada por los saqueos, o el estado de sitio desafiado por la movilización masiva); y es, en ese contexto, el momento de la legitimación de la acción directa “desde abajo”.

Estos jóvenes experimentan (ya sea de niños, adolescentes o adultos) el acontecimiento vital de que todo lo sólido se desvanece en el aire y que, en ese desvanecimiento, hay un protagonismo directo de “la gente” bajo alguna forma de protesta, de acción colectiva, de violencia, de deliberación. El 2001 no es sólo crisis, es crisis y legitimación de la acción directa; crisis y protagonismo “desde abajo”, fenómeno del que la “extrema izquierda” forma parte por su presencia, minoritaria pero ineludible –política y analíticamente- en los fenómenos de la lucha y organización popular, como el movimiento piquetero y las fabricas tomadas.

Pero esta legitimación de la acción directa, de “la gente en la calle”, no está dada por la existencia de los hechos en sí mismos sino por sus consecuencias (su performatividad). Eso nos lleva al tercer momento fundante de esta generación: el kircherismo como expectativa (frustrada) de ciudadanía fabril. Efectivamente, el kirchnerismo se presenta como quien dará “por arriba” (con las formas de la representación política de la democracia constitucional), lo que “la gente” exigió “por abajo” (con las formas de la irrupción política de la acción directa). La repolitización kirchnerista (que ha sido estudiada, por ejemplo, en relación a La Cámpora) se asienta en esa doble promesa: recomponer el orden a través de la relegitimación de las instituciones del Estado (he ahí su carácter restaurador) pero homenajando la rebelión que lo hizo estallar por el aire. Doble tarea de pasivización y reconocimiento (o pasivización a través del reconocimiento) que enfrentará al kirchnerismo a la necesidad de “otorgar ciudadanía”. En el mundo del trabajo, la ilusión de reconstrucción de un Estado que, en oposición al “excluyente” neoliberal, incluyera a estos jóvenes como algo más que “pobres ciudadanos” fue asumiendo su materia y su discurso. En términos materiales, la caída de la tasa de desempleo fue contundente. Para 2005 la tasa de desempleo estaba en menos de la mitad que en el pico de 2002; los entrevistados hablaban de empresas que ampliaban sus plantas y de las paradas de colectivos abarrotadas de gente en horas de la madrugada. En una entrevista en pleno conflicto de FATE escuché por primera vez la frase: “si me echan no me importa, están tomando gente en todos lados”. Para mí, que venía de hacer trabajo de campo en 2002 en barrios azotados por la desocupación en Lanús y la Matanza, esa frase resultaba casi incomprensible. El que la decía, tenía alrededor de 25 años y presentaba el

dato concreto de una automotriz de primera línea que había publicado el aviso de incorporación de al menos 150 operarios. Todos sus amigos del barrio (que no era un asentamiento ni una villa, pero era un barrio popular del conurbano norte, con calles de tierra, casas de material con complementos de chapa y con al menos dos núcleos familiares en los lotes –padres e hijos con sus familias-) estaban “pegando” trabajo en fábricas. Así de contundente era impacto subjetivo de la recomposición del empleo (así de contundente, por oposición, el impacto disciplinante del desempleo masivo que hoy algunos gerentes de recursos humanos añoran). El salario real (de forma desigual por la profunda fragmentación interna de la clase obrera) mostraba también los signos de recuperación de la capacidad de consumo que había volado por el aire ante la miseria del desempleo. En términos discursivos, el gobierno nacional se embanderaba con la “cultura del trabajo” y alentaba los “conflictos del crecimiento” (como denominó al corte de Panamericana de 2005 del SMATA) en oposición binaria a los “conflictos de la crisis” (los cortes piqueteros). Esta necesidad del kirchnerismo (en su doble carácter de restaurador y homeneajente) de postularse como oposición binaria al neoliberalismo es parte central de esta nueva generación en la medida en que desata un aumento de expectativas que se verán, especialmente en la cotidianeidad del lugar de trabajo, enfrentadas a una frustración: la de seguir siendo un número. El discurso de derechos, de dignidad, de cultura del trabajo, de reconocimiento; se enfrenta a la continuidad de la desubjetivización de la explotación con características noventistas que continúa en los lugares de trabajo.

La expansión e intensidad del crecimiento económico con base en fuertes incorporaciones al mercado de trabajo y consumo produjo una rápida recomposición social y aumento de las expectativas que se topó con la continuidad de una ciudadanía devastada en el terreno de los derechos laborales y ampliada en el terreno del consumo.

Los jóvenes y los sindicatos

Esta tensión constitutiva del contexto de emergencia de la nueva generación de trabajadores envía hacia el análisis de la relación entre las direcciones sindicales y el malestar en el lugar de trabajo. La relegitimación de las instituciones del régimen político operado durante el kirchnerismo encontró en los sindicatos una imposibilidad: la que deriva del mantenimiento de diversos mecanismos que constituyeron una cristalización del avance del capital operado en los años '90 (Marticorena, 2014). El prestigio de la figura de Moyano (a fuerza de ser aliado estratégico de

Kirchner) no se tradujo en represtigiamento de la institución sindical y mucho menos en renovación de las cúpulas sindicales (cuyos dirigentes tienen un promedio de tres décadas en el mismo sillón). La tasa de afiliación mantenida en valores casi idénticos a los de la década del '90, muestra que los sindicatos, en tanto institución pilar del régimen político en Argentina, no se han constituido en vehículo de participación de los millones de nuevos trabajadores.

Muy por el contrario, el “sindicato” (en tanto amalgama de institución y dirección) es señalado en muchos conflictos de la última década como responsable de esta nueva asincronía entre acumulación y participación. He aquí una clave para entender a esta nueva generación. Si en la asincronía que parió al primer peronismo, los sindicatos (y sus direcciones) aparecieron como suturadores de esa distancia, y en tanto tal, como mediadores de la “dignidad obrera”; en esta nueva asincronía aparecen más como parte fundante, como responsables de la “indignidad”. Los sindicatos aparecen como los garantes de la continuidad del “abuso” (y no de su reversión), garantía que se ejerce por acción u omisión y que encuentra en el establecimiento laboral su tendencia a los extremos. El lugar en que esa asincronía se hizo más evidente fue la fábrica. ¿Por qué allí? Porque es donde la continuidad de las condiciones de explotación de los '90 se hace más vívida, y también porque el movimiento obrero en Argentina tiene allí un *locus* de organización histórico. La fortaleza de las comisiones internas y cuerpos de delegados han marcado y diferenciado la historia de nuestro movimiento obrero desde mitad del siglo XX hasta hoy. Fue allí, en “la fábrica”, donde se expresó, desde el inicio mismo de la década, la contradicción entre las expectativas despertadas por el crecimiento económico y el discurso pos-neoliberal, y su realización. Fue allí, en “la fábrica” donde se anticipó, en grageas de algunas luchas larvadas (y otras no tanto), la sombra de la des-ilusión. Eso gestó un proceso continuo (aunque desigual) de militancia obrera que presenta distintos momentos, pero una constante: cada vez mayor participación juvenil.

En muchos conflictos encabezados por Comisiones Internas en el último período (como el Subterráneo de Buenos Aires, Kraft, Lear, Donnelley, Fate, incluso en comercio) aparece un rasgo común: la configuración de la cúpula sindical como parte del blanco de la lucha, en algunas ocasiones incluso más destacado que la propia empresa. Eso ha hecho aparecer al “antiburocratismo” como rasgo general del sindicalismo de base. Este rasgo “antiburocrático” reenvía a la acción directa legitimada en 2001, ante al fracaso de legitimación de la institución sindical y sus direcciones. El mantenimiento de las condiciones que se configuran como injustas

señala el fracaso de la conquista de derechos por arriba, y la consecuente apelación a la única otra forma conocida de reclamo que esta generación lleva impresa como “acontecimiento vital” que la marca: la acción directa que legitimó el 2001 como la política desde abajo y la “forma asamblearia” como la institución de los que no tienen institución. Sobre esta base se erige la emergencia del sindicalismo de base, y la influencia de la izquierda en él, elementos distintivos del proceso de revitalización sindical que son motivo de recientes y actuales investigaciones.

Bibliografía

Abal Medina, Paula (2013) *Ser solo un número más. Trabajadores jóvenes, grandes empresas y activismos sindicales en la Argentina actual*. Editorial Biblos, Sociedad, Buenos Aires.

Atzeni, M. y Ghigliani, P. (2013) The re-emergence of workplace based organisation as the new expression of conflict in Argentina, in Gall, G. *New forms and expressions of conflict at work*, Basingstoke: Palgrave Macmillan, 66 – 85.

Beaud, S. y Pialoux, M (2015) *Repensar la condición obrera. Investigación en las fábricas de Peugeot de Sochaux-Montbéliard*. Ministerio de Trabajo, Empleo y Seguridad Social, Centre National du Livre, Sociedades Contemporáneas, EA, Buenos Aires.

Cambiasso, Mariela (2013) *Estrategias político-sindicales, experiencias de lucha y tradición de organización en la Comisión Interna de Kraft-Terrabusi (2003-2010)*, Tesis de Maestría de Investigación en Ciencias Sociales, de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires, mimeo.

Elbert, Rodolfo (2013) ““Uniendo lo que el capital divide: Activismo sindical en la fábrica y el barrio ante una nueva política de informalidad en la Argentina (2003-2011)””, Tesis doctoral, Universidad de Wisconsin-Madison, mimeo.

Collado, Adriana y Feijoo, Cecilia (2007) “Los trabajadores de la década del 80 y la primera década del siglo XXI”, ponencia presentada en Jornadas de Sociología, FCS-UBA, Buenos Aires.

Longo, Julieta (2014) *¿Renovación de las tradiciones sindicales en ámbitos laborales precarizados? Un análisis de las organizaciones sindicales en empresas supermercadistas durante la posconvertibilidad*. Tesis de Doctorado en Ciencias Sociales de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires, mimeo.

Manheim, Karl (1993) “El problema de las generaciones” en *Revista Española de Investigaciones Sociológicas REIS* N°62 pp 195-242.

Marticorena, Clara (2014) Trabajo y negociación colectiva. Los trabajadores en la industria argentina, de los noventa a la post-convertibilidad. Buenos Aires: Imago Mundi.

Varela, Paula (2012) “Los sindicatos en la Argentina kirchnerista: entre la herencia de los 90 y la emergencia de un nuevo sindicalismo de base”, en *Revista Archivos de Historia del Movimiento Obrero y la Izquierda*, Año 1, N°2, Buenos Aires

Varela (2015) *La disputa por la dignidad obrera. Sindicalismo de base fabril en la Zona Norte del conurbano bonaerense 2003-2014*. Imago Mundi, Buenos Aires, 320pp.

Ventrici, Patricia (2012) *Sindicalismo de base en la Argentina contemporánea. El cuerpo de delegados del subterráneo*. Tesis de Doctorado en Ciencias Sociales de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires, mimeo.